

Adrián Manzanal Oliva (26 años).

Licenciado en Economía y estudiante del Máster en Economía internacional y Desarrollo (UCM)

Relato breve para el concurso “La literatura ante la realidad social”

1ª Persona/Narración/Ficción - Histórico.

Volver a soñar.

Aún recuerdo aquel intenso olor a churros recién hechos que inundaba el barrio cada mañana mientras los primeros rayos de sol atravesaban la bruma vespertina. Un barrio de aluvión, surgido en el extrarradio de Madrid durante el desarrollismo franquista y que en su día fue en enclave de concentración de inmigrantes de todas las regiones de España, que buscaban una vida mejor en la metrópoli. Mis padres, como otros muchos emigrantes Españoles, llegaron a Madrid tras un breve periplo por tierras germanas, periodo que mis dos hermanos y yo pasamos con los abuelos paternos, hasta que fueron capaces de ahorrar lo suficiente como para poder trasladarse con nosotros a un diminuto piso en los suburbios de la capital. Se trataba de barrios repletos de pisos homogéneos y de tonalidades grises, situados a las afueras de grandes ciudades como Madrid, con la mayoría de sus calles sin asfaltar, exceptuando aquellas que eran las principales. Con la llegada de las lluvias otoñales, la tierra prensada que durante la temporada estival se mantenía firme, se convertía en barro, un fango que se extendía por todos los rincones y durante meses quedaba esparcida en el interior del autobús, las tiendas y hasta en el colegio. Todavía a día de hoy evoco con nitidez el recuerdo de mi madre permitiéndonos la entrada en casa solo tras un cambio de calzado y una exhaustiva revisión de los pantalones. Era tal el precario estado del suelo urbano, que en algunas calles sombrías el barro podía mantenerse húmedo hasta bien entrada la primavera.

Por aquel entonces yo había adquirido gran interés por el dibujo y pasaba largas horas en el estrecho y repleto de maceteros balcón de mi casa, mordiendo y manoseando sin cesar mi lápiz mientras esbozaba la silueta de los aviones repletos de coloridas luces que captaban toda mi atención, ya que pasaban a escasos metros del tejado desplegando los trenes de aterrizaje listos para tomar tierra en Barajas. Para mí con entonces unos 12 años, el cambio del campo a la ciudad supuso un shock de contrastes

extraordinario. Recuerdo con nostalgia aquella época, no sé si por la propia naturaleza de los niños y la tendencia a magnificar nuestra infancia, como la más feliz de mi vida. Y es que los días luminosos en el pueblo de mi padre parecían extraordinariamente largos, los quehaceres cotidianos estaban dotados de una enorme intensidad y la rutina diaria parecía discurrir a un ritmo más pausado, un ritmo que anegaba todos los aspectos de la vida.

Estos barrios periféricos, destinados a ser la residencia de la clase proletaria inmigrante y contruidos en muchos casos de manera apresurada y con materiales deficientes, eran destino de gallegos, andaluces, extremeños, castellano manchegos y castellano leoneses entre otros. Todos nosotros convivíamos juntos, formando un heterogéneo grupo donde culturas y tradiciones se entremezclaban en una perfecta armonía social, dando un aspecto aun si cabe más cosmopolita al humilde entorno donde yo pasé mi juventud y posterior madurez. Eran lo que recurrentemente se denominan buenos tiempos, la gente en su gran mayoría tenía un empleo estable y toda una generación de Españoles comenzaba a ver dispersarse la espesa y pegajosa niebla que supuso la guerra civil para ellos. La miseria y el hambre de posguerra fueron lentamente quedando a un lado, en el aire se respiraban ilusiones de cambio.

Durante las noches de verano, los vecinos copaban las calles y parques con tortillas recién hechas y botas de vino, en la mentalidad común se disfrutaba de las nuevas perspectivas de futuro que una ciudad con una actividad tan intensa como Madrid aportaba a los inmigrantes nacionales. El auge de nuevas industrias que surgían al amparo del desbloqueo de los flujos comerciales y financieros, junto a la gran cantidad de mano de obra excedentaria en zonas rurales, impulsaron un cambio en la sociedad española, la cual volvía a dirigir su mirada al mundo. A mis padres y a los padres de mis amigos no les importaba la pobreza en la que aún vivían y la tremenda desigualdad imperante, tenían un trabajo estable y lo que es más importante, tenían lo suficiente para comer. No era El Dorado, pero para la generación de niños que tuvo el infortunio de crecer en la penuria de posguerra, esto era la superación de aquella inseguridad e incertidumbre constantes sobre su propia existencia, algo lo suficientemente importante como para volver a soñar.